

*Amanda* **Patarca**  
AUTORA

**A. PATARCA M.**

**EL HILO**



**Ediciones AGON**

## A MANERA DE PRÓLOGO PARA LA SEGUNDA EDICIÓN

Cómo me gustaría poder expresar de qué manera llega a gestarse, desarrollándose hasta su total terminación, un cuento; cualquier cuento, del tipo y extensión que sea.

Me gustaría pero... lo primero que se me ocurre decirles es: cuando lo tengan no lo dejen ir. Atrápenlo. Describan sobre él, sucintamente, lo que consideren esencial, sin olvidar que lo esencial del cuento es, sin duda, su frase final, el desenlace, la descomposición del nudo. Sin esa libertad que surge de la distensión no existe cuento. Y... debo decirlo, un cuento es como un chiste, si no se anota inmediatamente, será difícil retomararlo. Se olvida. Fue, como hoy se dice. Pero cuando se lo toma y se lo desarrolla, entonces comienza a semejarse al cine. Mejor dicho, a la *cinemática*, que es como designa Ortega y Gasset a este fenómeno del *desarrollar*. El problema radica en la fuerza impulsora de ese desarrollo. El cuento avanza. Siempre avanza. Ya que el punto inicial, el de la cinemática, se mueve siempre hacia adelante, buscando la concreción, conjuntamente con los nuevos puntos que, multiplicados, se le van agregando al embrión, transformándolo en feto cuento, llamado así porque va queriendo ser algo. Y cuando lo logra, cuando la transformación sin detenerse, consigue concretar ese algo anhelado, buscado, proyectado, el mismo, ese algo o ser especial, hace que el resorte autocontensor-autocreado, misteriosamente generado por el pensamiento humano, se active para que la criatura, tentado un salto ambiguamente angustioso y feliz, salga al exterior, abandonando su entrañable morada. El cuento, afuera ya, a la intemperie, no es más problema ni molestia para nadie. Ahora es horizonte cercano, cercano todavía. Horizonte que, al alejarse de su autor por mil motivos, habrá de permitirle al ser recién nacido acercarse más y más a todos. Y esto es así siempre, porque al terminar el período de gravidez, la liviandad, acomodando su volátil consistencia, que es lo mismo que decir haciéndose sentir tentado la expansión, se ubica. Para desacomodarse luego, como todo y desde ese instante volver a comenzar. Un nuevo cuento, entonces, volverá a gestarse.

Amanda Patarca

## EL NONO

Don Pessaressi fumaba su pipa cuando murió. Sentado en su sillón de mimbre ubicado frente al ventanal del comedor diario, parecía vivo, tanto que permitió a su familia, reunida allí para festejar su cumpleaños, comer la *bagna cauda* cumpliendo con todo el ritual reglamentario dispuesto desde Cavour, la vieja ciudad piamontesa, desde donde el Nono había llegado con la candidez, esperanza, energía, nobleza y osadía que sus veinte años pudieron engendrar, viviendo en su terruño la miseria que la guerra apañó cuando el siglo recién despuntaba.

Verde y ondeado terruño, idealizado y añorado en vivencias diluidas en los últimos tiempos, las cuales lo llevaban no sólo al llanto secreto, sino al convencimiento de que su ciudad era todavía como su mente siempre dispuesta imaginaba.

Mientras los panes, convertidos en náufragos por falta de destreza, flotaban hinchados en medio de la cacerola, colocada sobre un calentador encendido en medio de la mesa, y los cardos crudos y cocidos chorreaban salsa espesa, sostenidos por tenedores ávidos de bocas hechas agua, urgidas por paladear gusto de anchoas, ajo y leche cremosa, los ojos de don Vicente habían quedado fijos, mirando sin ver el horizonte, más allá del cual tantas veces viajó, ayudado sólo por su poder de ensoñación que crecía en la medida en que sus noches se acertaban.

A la sorpresa y confusión que siguieron al hallazgo del pobre Nono muerto, se unieron los deseos de todos por encontrar en sus pequeñas actitudes, los detalles necesarios relativos a la forma en que se llevarían a cabo sus exequias.

Todos coincidieron en que si bien el Nono había vivido en la Argentina -en Arrecifes exactamente- las tres cuartas partes de su vida, su gran ambición había quedado sin cumplir, murió sin haber podido volver jamás a su pueblo natal. Por eso, el primer problema que se planteó fue acerca del lugar a elegir para enterrarlo y como no tenían demasiado tiempo para decidir ese detalle, pensaron que iba a resultar más fácil si cada uno aportaba algún indicio que aclarara la voluntad del Nono.

No faltó quien recordara la bóveda familiar en Cavour, en la cual había un lugar dispuesto expresamente para él.

Atando cabos, llegaron a la conclusión de que si en vida había añorado tanto Italia, ahora que estaba muerto, bien podía recibir de sus hijos el postrer homenaje.

¿Repatriarlo? No demasiado convencidos, comenzaron a poner en marcha la idea.

Durante el medio día que les quedaba, cumpliendo cada uno con su parte, preguntaron a embajadas, legaciones, consulados, ministerios y cuanta entidad existiera relacionada con dicho fin, llegando a la conclusión de que era prácticamente imposible. Enviarlo completo o reducido costaba una fortuna y eran tantas las molestias que ocasionaba, que decidieron por unanimidad inhumarlo en el panteón de la Sociedad Italiana en el Cementerio de Arrecifes, su querida ciudad por adopción y testigo además, de sesenta años de tránsito por el camino del trabajo en comunión con Dios, como él decía.

Faltaba una hora para terminar el velorio, cuando la escribana apareció por el lugar con una hoja de protocolo en la mano, reclamando la presencia de parientes directos.

En una sala cerrada, lúgubramente decorada con muebles cromados y vasitos de licorochohermanos dispuestos descuidadamente por todos lados, leyó el testamento que el Nono había firmado no hacía mucho tiempo, con el único objeto de evitar, justamente, los problemas que hasta una hora antes habían preocupado a todos.

Como si se tratara de la voz del Nono se le oyó decir: “...*Con lucidez de espíritu, sano juicio y consciente de mi amor por la Argentina e Italia, mis patrias, es que deseo descansar eternamente en las dos, para lo cual he encontrado solución en al cremación, en mi caso aceptada expresamente por la Iglesia, procedimiento fácil de realizar y de muy bajo costo. Pido a mis hijos, descontando disimularán las molestias que seguro causaré, que la mitad de mis cenizas sean arrojadas sobre la chacra que siempre trabajé, la que pasará a ellos como la ley establece. Son pocas las hectáreas y tantas las necesidades de todos, que no quiero imponer decisiones imposibles de cumplir. Pido asimismo, que la otra mitad sea enviada a Piamonte de la manera más fácil y BARATA...*”

Al llegar allí, todos al unísono preguntaron ¿barata? ¿Dice barata? Ya sabían muy bien cuánto costaba enviar un cadáver a Italia, de cualquier manera.

Sin inmutarse, la escribana ;prosiguió: “...*para que mi hermano Doménico Pío Juan las disperse por mi región; él sabrá cómo hacerlo...*”

El acto terminó entre lágrimas y suspiros de alivio.

En la pequeña aldea de Bagnuolo y a muy pocos kilómetros de Torino y de Cavour, Anunciatta Pessaressi cocinaba. Mientras picaba cebollita de verdeo, ajo y perejil, iba disponiendo a lo largo de la mesada los ingredientes previamente lavados que estaba a punto de utilizar. Sobre el fuego, una olla de treinta litros, tapada, dejaba escapar aroma de estofado.

Anunciatta estaba metida en ese atolladero, porque ese mediodía (al pensarlo comprobó que ya faltaba poco), comerían todo lo que estaba preparando en lo de Enzo Pessaressi, su cuñado, nuevo Commendatore de Bagnuolo desde la tarde anterior.

El acontecimiento, que levantaba el prestigio de la familia, repetía para sus adentros, bien merecía un festejo *al uso nostro*. Pero, pensaba ¿por qué tenía que ser siempre ella la eterna comedida?

Mientras preparaba las ensaladas, destapaba de tanto en tanto la olla para verificar el punto de lo que estaba adentro, lavaba los cacharros que se iban ensuciando y hurgaba en la alacena, tratando de encontrar la fuente ovalada para disponer los pimientos que ya se le pasaban. Se desplazaba por la cocina como una malabarista, meneando la cabeza de a ratos, estirando los labios hacia las comisuras o encogiéndose de hombros en actitud de entrega y con voz resonando a letanía, se escuchaba claramente contestándose a sí misma: *mi sei pá, mi sei pá... (yo no sé... yo no sé.)*“

Disgustada por la necesidad de tener que volver al almacén, nada más que por “no anotar”, raspaba un frasquito tratando de juntar, sin conseguirlo, un poco de pimienta, cuando sonó el timbre.

Secándose las manos en su delantal, con la mirada radiante de cebolla y vapor, abrió la puerta distraídamente. El cartero, levantando a la altura de sus ojos un pequeño paquete estampillado, sostenido con la mano derecha haciendo de bandeja, le explicaba sonriente que venía de América. Después de hacerle el chiste

cotidiano sobre el olor a ajo de sus dedos y rehusar el plato de sopa que todas las señoras le ofrecían, se marchó.

Sin perder un segundo, Anunciatta abrió la encomienda. Debajo del tarrito en el que claramente aumentando su alegría, podía leerse: *Pimienta Extra, Industria Argentina*, había una carta dirigida al Nono Doménico Pío Juan y familia.

Suponiendo de antemano, pues así sucedía siempre, que estaría escrita en castellano, la dejó sobre la heladera. No hay más remedio que esperar hasta mañana para saber qué dice, pensó, e inmediatamente vació el contenido de la lata en la olla, la que por un momento pareció exhalar un aroma especial.

Si el gusto es distinto y salió tan sabroso, decía Anunciatta orgullosamente a sus comensales un rato después, mientras éstos ya estaban a punto de chuparse los dedos, es porque está hecho con pimienta americana.

Al otro día, como todos los sábados, llegó desde Torino Ruggero, su hijo. El era el único que podía traducir aquellas cartas de largo recorrido y estampillas tan hermosas que Anunciatta despegaba cuidadosamente antes de abrir los sobres, como esta vez ya había hecho con las que cubrían la encomienda.

Llamó a todos, a su marido, al Nono Doménico, hasta a su vecina, la que convivía con ellos casi impudicamente, al punto de haber sido invitada el día anterior al almuerzo en honor de su cuñado, el nuevo Commendatore.

Ruggero leía lo que antes había traducido mentalmente. Más allá de la sorpresa lógica que la noticia de la muerte del Nono de América causaba, notaba sin embargo, que todo lo que decía iba adquiriendo dimensiones inexplicables para sus oyentes.

Las caras de los que escuchaban se fueron transfigurando hasta quedar irreconocibles y los cuerpos de todos se retorcían como al son de un ritmo infernal. Exasperado y sin poder continuar, mirando fijamente la lata de pimienta que estática presidía solemnemente, desde lo alto de la heladera, toda la ceremonia, preguntó: ¿Qué pasa? ¿Hay algo de malo en que hayan mandado las cenizas del Nono en esa lata para no pagar impuestos...? Todos dicen que en la Argentina son muy caros...

Amanda Patarca